



Vigo, 14 de marzo de 2026

LA CRUZ,
NUESTRO TODAVÍA
—
LA RESURRECCIÓN,
NUESTRO SIEMPRE

Mons. Fernando Valera

Queridos amigos,

La Semana Santa de Zamora es la Semana de Zamora. La Semana Santa en Zamora es el soplo de oportunidades para una tierra tan fértil y dichosa como cerrada en muchas ocasiones a su progreso.

La Semana Santa para Zamora es la ocasión en la que la Pasión, la muerte y la resurrección de nuestro Señor se viven en una tierra curiosamente acostumbrada, también, a más días de dolor y de pasión que de resurrección.

Zamora ha sido una tierra con pocos domingos de vítores y de vida, pero con muchos días de sufrimiento e incompreensión.

Pero Zamora, como la misma fe que profesamos, quiere decir hoy una palabra de esperanza.

El obispo de Zamora quiere transmitir hoy una palabra de esperanza. La iglesia que peregrina en Zamora quiere venir a Galicia a tener aquí una palabra de esperanza. Y este es hoy nuestro pregón.

Que la cruz de Jesucristo es nuestra gloria.

El Señor muerto ha resucitado.

La cruz de Jesucristo es la luz de la vida

El Gólgota no es la última palabra

Y hoy, como entonces y hace siglos, venimos como llegaron aquí nuestros arrieros de Castilla, venimos a Galicia, remedamos la ruta del norte de Astorga por la que nuestros comerciantes peregrinaban desde abajo a arriba pasando por Ponferrada, O Barco de Valdeorras y tantas y tantas aldeas y ciudades hasta aquí, hasta Vigo.

“Castellanos de Castilla que venís a Galicia, tratad bien a los gallegos” decía Rosalía de Castro.

Sentíos, queridos amigos, tratados hoy con el mayor de los respetos por este obispo que os habla, por estos zamoranos que os visitan, por esta iglesia hermana que os abraza en Jesucristo.

Sentíos hoy reconocidos en nuestras humildes palabras que, insisto una vez más, contienen la verdad más imponente de nuestra fe: que el sufrimiento, el dolor, la opresión, el sinsentido, la injusticia... son estaciones penúltimas. La esperanza está en el Señor. En el Señor que se ha acercado a nuestra historia, que ha padecido con nosotros, que se ha hecho uno de los nuestros y cuyas heridas nos han curado.

La historia de nuestra fe es la experiencia de la resurrección. Este es el pregón. Esta es hoy la palabra de la diócesis de Zamora para vosotros. Esta es nuestra fe.

Y con esta certeza, con la que Zamora cierra su Semana de Pasión, comienza todo.

El encuentro en la Plaza Mayor entre el Resucitado y la Virgen de la Alegría reproduce en imágenes lo que esperamos: el encuentro que tú y yo tendremos cara a cara con el Señor resucitado, con el Cristo que nos mostrará sus heridas, con el Dios al que veremos tal cual es.

Zamora culmina entre vítores y claveles esa Semana de dolor y de sufrimiento que queda suspendida por el negro del velo que cae en María, como caerá en nosotros. El manto del desánimo, de la desesperanza, del descrédito, de la tentación de las tentaciones consistente en que ya no hay nada más que hacer. El manto de seguir en la poltrona donde nada sucede con tal de que nada cambie, de que nada se mueva. La tentación, en suma, de la desesperanza.

Para paladear aquí y ahora la resurrección, tendrá que caer ese manto. También el tuyo y el mío.

Alguien tendrá que hacer caer ese manto de nuestro rostro.

Alguien enjugará nuestras lágrimas y sostendrá nuestras flaquezas.

Alguien tomará nuestra existencia caída y la sujetará con sus manos de gracia.

El Señor ha resucitado. Este es el hontanar de nuestra esperanza. La tumba está vacía. Donde los demás ven la nada de una oquedad insoportable que será el destino del cuerpo sin vida, los creyentes vemos el inicio de un tiempo nuevo, el inicio de la eternidad.

Queridos amigos, repitémoslo: la tumba está vacía. El sepulcro de Cristo, ya sin su cuerpo, da sentido pleno a nuestra nada. La vaciedad que experimentamos es el punto de partida del acontecimiento de la vida. El desierto predicado por el Bautista anunció al Salvador, fue su Preludio. El vacío de la tumba certifica ahora nuestra esperanza.

El cuerpo exangüe del Señor ha tomado el vigor de Dios para levantarse, para llevar consigo la muerte y para poder con el mal. Creemos que la vaciedad del sepulcro sin cuerpo, y del sudario sin carne, es el origen de esta eternidad que se derrama a raudales.

La carne de Cristo ha resucitado. La hemos visto en imagen. La veremos en la realidad.

El Señor triunfante que paseó entre palmas y ramos, que fue recibido por la inocencia de los niños de la ciudad, que sonríe con la paz que plasmó en la madera Florentino Trapero, y que después subió al Calvario, sube ahora, otra vez,

a nuestro Tabor por Balborraz, la cuesta insigne de la ciudad, para transfigurar a Zamora y a los suyos, para “transformar nuestro luto en danzas”.

La iglesia de La Horta ha madrugado, como madrugaron los primeros testigos para anunciar esta noticia. El evangelio de Jesús se ha hecho verdad ya entre nosotros. Y esta es la alegría de la mañana que ya siempre nos hablará de amanecer y de sol aun después de la noche y de la oscuridad. Jesús de Luz y Vida es la verdad de la mano que tendida levanta al desvalido, “alza de la basura al pobre” resucita a los muertos y acompaña el clamor de nuestra alma que pide, desde lo hondo, a la puerta del cementerio, donde todos ven fin y final, que el Señor escuche nuestro clamor.

Que este Cristo, ya para siempre resucitado, otorgue el descanso eterno y la recompensa merecida a nuestros fieles difuntos.

Pero hay algo que ha cambiado mi vida, mi fe, mi ministerio sacerdotal y ahora mi ser obispo: observar y meditar cómo el resucitado muestra sus yagas.

Las heridas permanecen. La sangre sigue brotando. Mientras sólo un hombre sufra, el Señor sigue crucificado y seguirá crucificado. La cruz de Jesús sigue anclada en nuestros calvarios. Pero ahora con un horizonte. Ahora con un sentido.

A ti que hoy sufres con un extraordinario padecimiento sin sentido.

A ti que estás enfermo y postrado.

A ti que no quieres seguir viviendo ni encuentras proyectos por los que luchar ni ganas de levantarte.

A ti que has tenido una pérdida irreparable. A ti que has sido vilipendiado o injustamente tratado.

A ti que eres víctima o de maltrato.

A ti te hablo. A ti te habla nuestro Señor.

No estás solo. Nuestro Dios crucificado va contigo. Sufre contigo. Se dejó clavar para que tus clavos no fueran la última palabra. Por eso podemos cantar cada viernes de dolores: ¡¡¡dulce madero, dulces clavos... !!! porque el Cristo del Espíritu Santo, que abre la pasión en Zamora, nos recuerda que la pasión solo puede entenderse desde la experiencia real de la resurrección. Por eso honramos, ya desde el primer día, el madero de la cruz. Y cantamos la nobleza de esta guerra, y decimos de la cruz, fiel árbol. Y lo adoramos.

Y por eso, cada Viernes Santo, este obispo se descalza para adorarla. Porque así se simboliza el modo en el que la iglesia de Zamora se tiende ante el madero, se postra ante la vaciedad. Ante la nada que, a los tres días, lo será todo. Ante

la vaciedad que será completa en la gloriosa mañana del domingo.

La cruz es nuestro TODAVÍA. La gloria de la vida nueva es y será nuestro SIEMPRE.

Reconozco que me sigo emocionando al besar la cruz.

Dios se hizo carne, queridos amigos. Dios se hizo carne y en ese beso de Viernes Santo, adoro la carne frágil y débil, vulnerable y herida de todos los hoy crucificados. Como he dicho en muchas ocasiones, los enfermos, los sufrientes, los dolientes.... son la CARNE DE CRISTO. Beso, cada día santo de Pasión, la imagen porque ahí está contenida toda la realidad del dolor.

¡¡¡Besad el madero, los que cargáis con él!!!

Porque sólo así besáis y cargáis con los hermanos. El peso de la imagen no tiene sentido si no es el símbolo del peso del dolor. Si no es el símbolo de lo insoportable del sufrimiento sobrevenido y del mal perpetrado. Llevad en vuestros hombros al Señor que fue llevado entre los malhechores para que después, en el último día, os dejéis llevar a hombros por Él, por el Buen Pastor hacia el mañana sin Calvario.

Zamora se hace Gólgota durante esta Semana en la Plaza de Santa Lucía, en el Atrio de la Catedral, en la Plaza de

Viriato, en las Tres Cruces... en los corazones de quienes, desde distintas perspectivas, contemplan el Misterio.

Pero en Zamora, lo sabemos bien, el misterio no se mira, se admira. No se observa, se contempla. Porque ante el misterio no hay distancia de extraños, sino respeto sagrado. Porque el misterio nos lleva y nos envuelve.

Déjate, ahora tú, también tú, tocar por el crucificado. Déjate inundar por su dolor. Déjate apasionar con su pasión.

Con toda la fuerza y emoción, con toda la solemnidad y con todo el dolor, la ciudad del Duero proclama que esta vida, la tuya y la mía, la de quienes estarán y la de los que ya no existen, es penúltima.

Todo, queridos amigos, es provisional. También el dolor. También la muerte. Nada nos separará de los que amamos porque nada nos separará del amor de Dios. “La muerte no es el final. La muerte no es el final del camino”. Caerás, no una ni dos ni tres... caerás, caeremos, miles de veces. La cruz se impondrá sobre tu cuerpo y no habrá Cirineo que la soporte, ni que la aguante... y por mucho que la caída sea en la plaza mayor, ahí y así, aunque públicamente vilipendiados y despreciados, caídos y olvidados, alguien sostendrá nuestro dolor. Jesús en su Tercera Caída pone al lunes Santo en la perspectiva de lo que viene, en la llamada a la redención de los caídos fuera del camino. La muerte no es

final. En tu palabra confiamos. En ti, que eres Palabra, está sostenida nuestra esperanza.

Oh cruz fiel que vuelves a Zamora en la Buena Muerte, en las Siete Palabras, en el Silencio, en las Capas Pardas, en la Vera Cruz, en Jesús Nazareno, en el Santo Entierro, en Nuestra Madre...

Oh cruz que pasas por la estrechez de nuestras calles y por la angostura de esta vieja ciudad, como atraviesas la estrechez y angostura de nuestro corazón que a veces no quiere ser bienaventurado, que tantas y tantas veces se cierra a la limpieza que nos hace ser hijos de Dios.

Oh Cruz que sostienes al crucificado ante el que claudica toda razón y toda guerra queda vencida.

Oh cruz a la que Zamora mira de frente cada primavera para moverse y conmoverse y para recordarnos el destino del bien y de la fe. Para descubrirnos que no hay amor más grande que el amor crucificado.

Cristo muerto que, en injurias, yacente, amparo, buena muerte y tantos otros, sondeas nuestras calles y partes en dos nuestros ruidos y nuestras comodidades para que quede sólo la armonía del silencio.

Cristo procesionado entre cardos y estameñas, entre carracas y matracas, entre marchas y oraciones, entre plegarias y canciones.

Colores del blanco roto que pasean con el frío su ciudad convertida en Gólgota. Rojo del silencio majestuoso, Verde de las Palabras Esperanzadas, Negro del luto del Viernes Santo o de las Angustias y la Soledad de una madre, Morado de la cruz a cuestas del Nazareno del otro lado del Río o de la Vera Cruz del día fraterno, marrón de las capas que ven en lontananza la luz que se aproxima del jueves Santo... colores de la pasión de un pueblo que guarda el rostro para Dios, mientras en la profundidad de su desfilar ora, recuerda, piensa, ofrece...

Zamora conjuga, como pocas, la solemnidad de la mañana radiante del Jueves Santo, la alegría inocente de la tarde del Domingo y la mañana soleada del Domingo de Resurrección, con la tenue y lúgubre cadencia del crepitar de las teas por san Vicente, o de los faroles por el Puente de Piedra, o de los hachones por Santa María la Nueva. Porque así es nuestra vida. Porque así es nuestra historia. Porque así, en esta contradicción de nuestra carne, ha querido estar y ser nuestro Dios.

Esta Semana es como una historia en pequeño. Como lo que serán nuestras historias particulares de luces y de sombras, de mañanas de victoria y de noches en vela. De éxitos laureados y de persecuciones sin explicación y sin sentido.

Zamora es continente perfecto para la Semana Santa porque su contenido también lo es. Porque sus gentes también lo son. Hombres y mujeres acostumbrados a pasar su pasión, a soportar el peso de la cruz.

Zamora, atravesada por la Pasión de Jesucristo, se abre al mundo entero para mostrar el tesoro escondido desde hace generaciones y generaciones. Es un tesoro de experiencia y de vivencia que han sabido tallar Ramón Álvarez, Mariano Benlliure, Antonio Pedrero, José Luis Coomonte, Quintín de Torre, Víctor de los Ríos, Ricardo Flecha, Hipólito Pérez Calvo y tantos otros...

Aquí la procesión fue postrera de la vida, aquí habló la gubia después del alma. Aquí la figura fue tallada por el clamor popular de una devoción, de un sentimiento, de una pasión por la Pasión.

La ciudad acoge, además, los dos movimientos contiguos de la Semana Santa: el más popular, el recóndito, el de casa, el de arrabal del jueves de Pasión con el Mozo de San Frontis, o el del barrio del Espíritu Santo el viernes de Dolores, con el público rebosar de Zamora los días del triduo Pascual. Lo grande y lo pequeño. El barrio y el centro. El otro lado del Duero y la ciudad medieval.

Dentro del templo, Jesús se hace eucaristía y servicio, lavatorio y fraternidad, monumento y silencio. Fuera, la Vera

Cruz pone imágenes a la realidad y sonido a la armonía que avanza la tragedia de la noche en carne viva: Cristo muerto pasa por las calles más antiguas para recibir el perdón de Zamora. *Miserere mei Deus*. Y se vuelve a rasgar el velo del templo. Y vuelve a temblar la tierra. Y vuelve a quebrar el cielo.

La muerte del Señor pasa delante de nosotros. Huela la sangre ver el realismo del sufrimiento del inocente. Es Cristo tendido por ti y por mí. Son nuestros pecados su tortura. Son nuestras ofensas sus heridas.

Cristo muerto en la noche santa que preludia la tragedia. Solemnemente el entierro del Señor pone a la ciudad entera en la calle a ver el impresionante despliegue de las escenas de la pasión. Toda Zamora es como un Jose de Arimatea que quiere llegar a coger el cuerpo de Cristo. Que quiere participar en el descenso del que después ascenderá por siempre y para siempre junto al Padre. Cristo ha muerto. Es sepultado. “Nunca tan adentro tuvo al sol la tierra”. ¿¿¿Qué hubieras hecho tú si hubieras estado allí????

El sacrificio de Cristo fue padecido por los suyos de maneras muy diversas, pero en especial por María, su madre. No hay dolor más grande que la pérdida de un hijo. No hay sufrimiento mayor que tener que contemplar públicamente el escarnio, la flagelación y la crucifixión del amor de lo amores, del que una madre siente por el fruto de sus entrañas.

Zamora sabe de María. Se deja envolver por su manto. Se deja llevar con ella al Calvario. Se sumerge en el mar de sus lágrimas. María es la mujer que ama y por eso sufre. El regazo que sostiene al Señor muerto es el regazo que lo sostuvo para amamantarlo, para cuidarlo, para quererlo.

Zamora sabe que María fue crucificada también y su corazón de espadas así lo simboliza. La madre de Jesús provoca toda devoción, infunde todo el cariño, contagia toda la pena, muestra toda la piedad, vela siempre la soledad.

La madre que estuvo al pie del pesebre, está ahora al pie de la cruz. Nuestra Madre llora en Zamora su pena mientras muestra el cuerpo del Señor y clama al cielo. La angustia de Cristo se multiplica exponencialmente en las angustias de una madre que pasa la pasión multiplicada por quien contempla, sin poder hacer nada, la muerte de su hijo.

¿Hay dolor como este dolor?

Nuestra Madre simboliza todo el sufrimiento de las madres ante las injusticias infligidas sobre sus hijos, antes las enfermedades sobrevenidas sobre sus hijos, ante los accidentes y las muertes sorpresivas de sus hijos.

¿Hay, acaso, dolor como este dolor?

Mira al cuerpo de su hijo, Nuestra Madre, para luego mirar al cielo buscando respuesta, como La Amargura, y después perder la mirada como la Virgen de los Clavos, o

sostener la pena como la Esperanza o para bajar la cabeza y descubrir otra vez la pequeñez de la esclava, como la Soledad.

¡Zamora está contigo siempre en vela! cantamos en el Himno de la Soledad.

Es el negro de un manto sin adornos ni dorados. Es el velo que envuelve la imagen y que nos envuelve en nuestras soledades. Es María la que cada Sábado Santo procesiona la pena y tiñe de oscuridad el centro de Zamora. Nada queda cuando todo se ha perdido. Cuando la injusticia y el sentido han puesto su tienda entre nosotros, ¿dónde quedará nuestra esperanza?

Y es la misma Virgen, la misma madre, la misma Señora, la misma Reina, la misma llena de gracia la que nos recuerda que subió por Balborraz desde Cabañales, la que fue vestida del verde que da una nueva perspectiva a nuestro negro.

La Esperanza del jueves Santo debe sostenernos, porque ella, María, tuvo motivos suficientes para abandonarlo todo y no lo hizo. Porque ella fue la que “esperó contra toda esperanza”. Fue María la que creyó en que “lo que le había dicho el Señor se cumpliría”. Y la promesa no podía ser solo la cruz.

Y este es nuestro Pregón, queridos amigos. Este es el pregón de un pastor conmovido por vuestros símbolos y por vuestras imágenes... apasionado por vuestras formas de vivirlo y por vuestras maneras de exteriorizarlo... agradecido por cómo ha prendido en vosotros la intensidad de la Pasión y la experiencia de la resurrección... esperanzado en que el Señor que puso en vosotros la tradición y la experiencia, la fe y la costumbre, se haga, de verdad, Verdad en vuestra vida y en nuestra historia.

Zamora quiere estar a la sombra de la cruz. A la sombra de su cruz. Zamora quiere tener en su memoria la cruz para no ser ya nunca más crucificada. Zamora y su iglesia quieren ser hoy el símbolo de una tierra que lucha por nacer y renacer cada día para ser aquí, entre vosotros, anticipo de la resurrección.

Por la resurrección que celebráis y procesionáis, nuestras miserias no nos hacen miserables

Por la resurrección que celebráis y procesionáis, nuestras cruces no nos condenan a ser por siempre crucificados

Por la resurrección que celebráis y procesionáis, nuestros Gólgotas serán Tabores y nuestros huertos de olivos, paraíso para los demás.

Por la resurrección que celebráis y procesionáis, nuestra Zamora tiene motivos para revivir y esperar.

Os pido unos pocos minutos de silencio más para que en clave de interioridad y de meditación, escuchemos de nuevo la Plegaria que hice el miércoles Santo de 2025 ante el Cristo de las Injurias. Es el alma de este pastor puesta ante la ciudad entera. Acabemos este acto así, recordando mis palabras con la voz de Sara Pérez Tamames.

Gracias por este inmenso honor

Mons. Fernando Valera Sánchez,

Obispo de Zamora

Auditorio de la Sede Afundación de Vigo, sábado 14 de marzo de 2026

65º Pregón de la Semana Santa de Zamora en Vigo

(Casa de Zamora en Vigo)

Mons. Fernando Valera Sánchez

Obispo de Zamora

**LA CRUZ, NUESTRO TODAVÍA
LA RESURRECCIÓN, NUESTRO
SIEMPRE**

65º Pregón de la Semana Santa de Zamora en
Vigo

Domingo 14 de marzo de 2026

Auditorio de la Sede Afundación de Vigo